

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL

ADMINISTRACION, SAN JOSÉ 171 (altos)

NUMERO SUELTO

60 CENTÉSIMOS

SALE TODOS LOS DOMINGOS

20 CENTÉSIMOS

NO SE ADMITEN SUSCRICIONES DE MEDIO MES

A los suscritores y agentes

Esta Administracion estará abierta todos los días desde las 8 de la mañana hasta la 1 de la tarde.

SEMARIO DEL NÚMERO 26—¿Otra hornada de jefes y oficiales?—Entre Julepe y el negro—El país de los abaridos—Están verdes. (*Diálogo erótico entre Mínimo y la Opinión pública*)—Cosas de negro

¿Otra hornada de jefes y oficiales?

(*Carta de Timoteo Simples*)

Montevideo, Junio 26 de 1880.

Mi querido padre:

Ahora les ha tocado el turno á los palomos. Bien dicen que á cada puerco le llega su San Martín, aunque no sé si el refran viene al caso; ni tampoco ha sido mi intencion llamar puercos á los degolladores del Cerrito, como llama á los palomos el subdelegado de marina del Carmelo.

El caso es que el ministro de la Guerra ha concedido despachos de tenientes coroneles de caballería de línea, á los jefes de guardias nacionales don Justino Muniz y don José M. Pampillon, sin duda para atraerlos á sus miras, que nada tienen de santas segun el concepto público.

Notician unos diarios que Pampillon y Muniz han admitido la gracia del coronel ministro de la Guerra, y otros periódicos anuncian que haciéndoles maldita la gracia eso de los despachos, los jefes referidos se los han devuelto á S. E. dándole un millon de gracias por el favor. Todo, pues, ha sido gracioso en este asunto.

Por lo visto el coronel Santos, que pertenece en cuerpo y alma al glorioso partido de la libertad, trata de congraciarse las simpatías de los palomos, que como vd. sabe son enemigos

acérrimos de la inmaculada comunidad política en que se halla afiliado S. E. desde la niñez, y nosotros, vd. y yo, padre mio, desde el día memorable en que fué bombardeado Paysandú por Flores y los brasileros.

No hay duda que el coronel Santos ha de necesitar del concurso de los palomos, cuando tan sin ton ni son anda repartiendo grados á algunos de los jefes del partido de los degolladores del Sauce, me equivocó, de los asesinos de Quinteros. Porque no hay que olvidar el pasado de los palomos, á pesar de los halagos y de las caricias que les haga el ministro de la Guerra.

De modo que si éste quiere atraerse á los blancos, ya tendrá que firmar títulos de jefes y oficiales. Falta saber si se los cautiva, lo que me parece difícil, atendiendo á los antecedentes del ministro de la Guerra, y á que los caudillos y caudillejos palomos no son hombres para mamarse el dedo. Puede ser que llegue á cabestrear á don Timoteo Aparicio, pero á los otros...cuando?

Y bien tontos serían si se chuparan la miel que se les pone en la boca, que no se la chuparán seguramente, y estoy en que á S. E. le ha de salir el tiro por la culata. Algunos piensan que este súbito amor que le ha entrado por los blancos al ministro de la Guerra, reconoce por causa la conducta equívoca del coronel Latorre, á quien se lo figuran con intencion de alborotar el cotarro.

Dando promociones á los jefes y oficiales palomos de más prestigio, suponen que pensaria el ministro de la Guerra, me capto el apoyo de todos los blancos de armas llevar, y apenas invada el país el coronel Latorre, se los largo con don Timoteo á la cabeza, y que se maten palomos y latorristas, que yo con los míos me haré el chanchito rengo y seré el árbitro de la situacion.

Estos y otros son los propósitos que las malas lenguas atribuyen al coronel Santos, y así explican sus proceder suaves y melifluos respecto

de Pampillon, Muniz y demas jefes y oficiales del mismo pelo con quienes se está relacionando. Ya veremos lo que resulta de estos enjuagues políticos, que han desagradado en extremo á don Bonifacio Martinez y otras eminentes figuras del gran partido liberal.

Con razon se quejan algunos militares antiguos, como don Epifanio Diaz, por ejemplo, que despues de haber servido por más de nueve lustros á todos los gobiernos colorados, vino últimamente á pedir que le nombraran capitán de caballería ó de infantería de línea, á voluntad del ministro de la Guerra, y éste le puso en la solicitud un *no ha lugar* más grande que todos los servicios presentes, pasados y futuros de don Epifanio.

Mire vd. si será injusticia la que le han hecho al esclarecido soldado de la libertad! Un hombre que empezó su carrera en el escuadrón de guayaquices de don Frutos, que eran tan buenos para un fregado como para un barrido, un hombre que, como lo consigna en una solicitada que da á luz en *La Colonia Española* «asistió á la batalla de la India Muerta, en la cual quedó en la tierra nueve meses huyendo, (si seria naco! dijera un malicioso) hasta que se levantó el comandante Silveira que se habia presentado al general Urquiza», un hombre tan cargado de servicios y de laureles, ha sido desairado por el ministro de la Guerra!

Y don Epifanio Diaz, qué suplicaba al Gobierno? Que le extendiera los despachos de capitán. Para él tanto importaba que le hicieran de caballería como de infantería; lo que deseaba era el empleo... y la paga correspondiente. Y sin embargo, S. E. le pegó con la puerta en los hocicos! Este desaire ha puesto tan fuera de sí á don Epifanio, que instruye al público de una porcion de cosas que no eran para contadas.

Primeramente nos hace saber que ántes de embarcarse en el Carmelo, mandó al ministro de la Guerra una carta de recomendacion que obtuvo de don Miguel R. Gonzalez, pariente de S. E., para que S. E. despachara pronto el asunto que traía á Montevideo al señor don Epifanio Diaz. ¡Cómo si el coronel Santos fuese sujeto de dejarse manejar por la parentela!

A más, agrega en seguida, cuando se embarcó en el puerto mencionado, pidió una segunda carta al propio don Miguel, con el objeto de entregarla personalmente al coronel Santos; pero el enunciado Gonzalez, en lugar de escribirle la carta que le pedía, le ofreció dos

tarjetas, una para el ministro y otra para hermano el comandante, en cuyas tarjetas ponía lo que pensaba solicitar el heroico y rero del escuadrón de guayaquices.

Llega don Epifanio á la capital y presenta una de las tarjetas al comandante Santos, en cual se entera de su contenido y se la devuelve sin dignarse contestar una palabra. Eso sirvió mucho en pró de su brillante educacion, al ex-guayaquí don Epifanio. Horas despues entrega la segunda tarjeta al coronel ministro, el coronel ministro le despacha con cajas de templadas. Y eso que el general Borges puso su valiosa influencia! Verdad es que S. E. no es muy amigo de ese general.

Y aquí se me antoja transcribir un párrafo de la solicitada de don Epifanio, en que habla así del coronel ministro de la Guerra.—Y para corroborar más la desatencion de este pobre empleado público, diré que traía espesa recomendacion de la señora esposa del pariente del señor ministro, para que le hiciera en nombre de la señora, una visita á la señora del diccionario precitado; pero excuso entrar en detalles por menores, por la sencilla razon de que ni una ni otra cosa pude conseguir. Lo mencionado prueba la civilizacion y cultura de la persona aludida.

Ya vé como S. E. trató á don Epifanio Diaz que desde chiquito se sacrificó en aras del gran partido liberal. ¿Desea vd. que le narre la historia de este campeón? Pues aquí vá en pocas líneas. Principió su carrera en el escuadrón de guayaquices, estuvo en Montevideo durante la guerra grande, y fué hecho subteniente del general Medina. Terminada la guerra grande le nombraron teniente, y cuando el general Flores emprendió la cruzada libertadora, ascendió á capitán de caballería. Tambien ha sido alcalde ordinario del Carmelo. Y parece que no tiene nada de contar.

En mérito de esos brillantes servicios, es que don Epifanio solicitó despachos de capitán de ejército de línea. Y mientras que el ministro puso un *no ha lugar* á la solicitud del señor don Epifanio Diaz, colorado ultra, concede el empleo de tenientes coroneles del ejército á los comandantes de guardias nacionales Pampillon y Medina, que son blancos y que no pidieron semejante merced!

De rabia no continúo, padre mio. Solamente se me ocurre preguntarle, por conclusion: ¿Por qué na vd. que los palomos se dejarán embaucar por el ministro de la Guerra? ¿Piensa vd. que S. E. haga otra hornuada de jefes y oficiales?

blancos, estos se convertirán en instrumentos del ex-jefe del 5.º de Cazadores?

Su hijo que lo quiere

Timoteo Simpelos.

Entre Julepe y el negro

Julepe—Recuerdo haber leído, allá en mis mocedades, que un célebre dramaturgo no ponía en escena ninguna obra sin ántes consultarla con su criado. Y si eso hacía un hombre célebre, yo, que soy un infeliz, por qué no voy á escuchar un parecer de mi negrillo? Voy á pedirle una opinion. (*Llamando*). *Negrillo*—Ordene, señor Excelencia.

Julepe—Excelentísimo señor debes decir, que yo señor Excelencia.

Negrillo—(Cómo me entretengo con él!). No se me olvidará. Excelentísimo señor

Julepe—¿Sabes para lo que te he llamado?

Negrillo—Ni lo presumo, Excelencia, y si V. E. me lo indica, declaro á V. E...

Julepe—Lo poco agrada y lo mucho enfada, negrillo. Con que así, ménos Excelencias, ché.

Negrillo—(Cómo me burlo de Julepe). Está bien, Excelentísimo señor.

Julepe—Pues te he llamado para oír tu dictámen sobre una cuestion política.

Negrillo—Y yo qué entiendo de política, Excelencia?

Julepe—Y qué entiende de marina el capitán del Puerto? Y qué entiende de Hacienda don Juan Peñalva? Y qué entiende de milicia el coronel Santos?

Negrillo—Entonces....

Julepe—(con gravedad). No me interrumpa vd. Sépa que el caso no es entender de una cosa, sino meterse en camisa de once varas. Este es el cuento, negrillo. Por lo tanto, prepárate á responderme.

Negrillo—Pregunte, Excelentísimo señor.

Julepe—Si César invadiese el país, crees tú que el Gobierno debía reunir á la Guardia Nacional de Montevideo?

Negrillo—Creo que no, Excelencia.

Julepe—Y por qué, negrillo?

Negrillo—Porque si el Gobierno reuniera á la Guardia Nacional, podría suceder....

Julepe—¿Qué podría suceder? Habla sin miedo.

Negrillo—Podría suceder que la Guardia Nacional le colgara la galleta al Gobierno.

Julepe—Y qué es eso de colgar la galleta?

Negrillo—(Se hace el desentendido). Eso va-

le tanto como sublevarse, rebelarse, amotinarse....

Julepe—Y derrocar al Gobierno? Vaya una frase original.

Negrillo—(Ahora se hace el cajetilla, y es más gaucho que los perros).

Julepe—Pero si fuera necesario convocar á los guardias nacionales....Contesta.

Negrillo—Si fuera necesario, se convocan, y luego de estar reunidos y armados, se les envía á campaña como carne de cañon.

Julepe—Sublime idea! Eso es, se busca cualquier pretexto y se les envía á campaña.

Negrillo—Y los batallones de línea siguen de guarnicion en la capital.

Julepe—De veras que no suponía que en ese saco hubiera chicharrones. (*Señala la cabeza del negrillo.*)

Negrillo—Debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.

Julepe—(Si éste fuera ministro de Gobierno!) Mira, negrillo, tanto me ha gustado tu idea, que voy á hacerte un regalo.

Negrillo—(Alguna miseria).

Julepe—(*Dándole dos vintenes*). Toma, para que compres cigarillos.

Negrillo—(No lo dije?). Mil gracias, Excelentísimo señor. (Genio y figura hasta la sepultura). V. E. se ha portado generosamente. (Nació ruin y ruin morirá, que al que nace barrigon, es en balde que lo fajen.)

Julepe—Vete y compra los cigarros. Tiene licencia por una hora.

Negrillo—(*Retirándose*). Con permiso, señor Excelencia.

Julepe—(*Reconviniéndole*). Excelentísimo señor, negrillo.

Negrillo—(De algun modo me las ha de pagar). Con licencia, Excelentísimo señor. (Este piensa que yo lo divierto y es él quien me divierte á mí). (*Se vá*)

Julepe—Acertada opinion! Si César invade, el Gobierno convocará á los ciudadanos y los mandará á campaña. Las tropas de línea permanecerán en Montevideo. Es magna la idea del negrillo, y la presentaré como mia cuando llegue la ocasion. Como le agrada á Mínimo. Y si á éste le complace, de los demas...(*Coge una guitarra y empieza á tocar un pericon.*)

A pesar de los sustos

Y de los miedos,

Paso la vida gorda,

Pues como y bebo.

Esa es la mía—

Llenarse los bolsillos

Y la barriga.

Cielito y cielo,
Que la vergüenza pasa,
Queda el provecho.

El país de los absurdos

Con verdad escribió el señor Bustamante que este es el país de los absurdos, y los que le han censurado esas palabras lo han hecho por espíritu de hostilidad, ó por no saber donde tienen las narices.

Este es el país de los absurdos, sí, señor—*terra absurdum*, para emplear el latin de cocina en que suele expresarse don Cándido. Y si no, digan los que el presente articulejo leyeren, ¿no es un absurdo, ante todo, que el señor Bustamante haya escrito una cosa que no lo es?

En segundo lugar, no es otro absurdo que don Francisco sea Presidente de la República uruguaya, esto es, el primer ciudadano en autoridad y dignidad, cuando lo razonable, lo no absurdo, es que debiera ser el último de todos, tanto por sus condiciones morales cuanto por sus dotes intelectuales?

¿No es un absurdo que don Máximo Santos sea ministro de la Guerra, despues de haber sido lo que ha sido durante el gobierno del coronel Latorre?

No es un absurdo que firme manifiestos en que promete acatar las leyes y la constitucion, un hombre que no ha acatado ni la constitucion ni las leyes, puesto que ha prestado su concurso á una Dictadura que implicaba la negacion de todo ello?

¿No es un absurdo que el ex-administrador de la Loteria de la Caridad, sea comandante general de Marina sin haber sido grumete, y sin saber lo que significa *zafarrancho*, no aludiendo al asunto de los cien mil pesotes?

¿No es un absurdo que ciertos hombres anden en dos piés cuando lo natural seria que caminaran sobre cuatro? Y bueno es protestar que no nos referimos, ni por asomo, á ningun representante ni á ningun senador.

Este es el país de los absurdos. Y el que lo ponga en duda, vaya é interroque á Barreto, verbi-graria, sobre los juanetes—¿Qué son juanetes, señor Barreto? Y á fé que le contestará—Son estos bultos que tengo en los piés.

Dijo, pues, una verdad palmaria el señor Bustamante: este es el país de los absurdos. Absurdo es ver de Presidente al doctor Vidal, absurdo que el coronel Santos sea ministro

de la Guerra, y absurdo llamar defensor del código fundamental á los batallones línea, que lo han escarnecido apoyando la funesta de las Dictaduras.

Este es el país de los absurdos. Abí este mo ejemplo el mismo autor de la frase. ¿No es un absurdo que don Cándido se tenga intérprete de la opinion pública? Una persona que siendo jefe político la ha ultrajado, un hombre que siendo ministro se ha burlado de ella, puede ser intérprete de la opinion pública?

Y sin embargo, así se califica á boca llena el señor Bustamante. Y este no es un absurdo. ¿Tambien no se dice representante del pueblo? ¿Y este no es otro absurdo? Si se dijera representante del coronel Latorre ó de Fortín, como le planta *La Razon*!

¿No es un absurdo que el coronel Latorre pretenda traer una guerra al país, á título de restaurar el régimen de las instituciones? ¿No es un absurdo que quiera volver á gobernar un pueblo que motejó de ingobernable?

¿No es un absurdo que don Clodomiro teaga escriba á los redactores de este ó de otro periódico, pidiéndoles que lo proclamen diputado á la diputacion?

Aunque, á la verdad, esto ya no es absurdo sino una cosa naturalísima, porque si don Clodomiro no pidiera que proclamasen su candidatura, quién diablos la iba á proclamar voluntariamente?

Tampoco es un absurdo que aspire á ser diputado en tiempos como los que corren. Absurdo seria que no pudiese llamarse colega de Bauzá, de Martinez Castro, de Reyles, y de los caballeros que se reunen en los altos del bilbo.

Pero basta de absurdidades, que para meter una cosa en el país de los absurdos, basta un boton. Con lo dicho queda probado que este es el país de los absurdos, y que el señor Bustamante no ca volverá á decir verdad más verdadera que la que él dice.

Están verdes

(*Mínimo se pone en acecho dentro de una grama. Al rato pasa por la acera de enfrente la opinion pública. Mínimo se dirige hácia ella chistándole. Opinión se detiene y él dice retorciéndose el bilbo.*)

Mínimo—Señora...

Opinion—(Con desvío). ¿Qué se le ofrece, Militar?

Esoso— (Con qué despego
Me ha respondido!) Le ruego
Que me escuche.

Opinion— Me parece
Que el sitio no es oportuno.

Esoso— Voy á despacharme pronto.

Opinion— (La cara tiene de tonto,
Pero el aspecto de tuno.)
Y qué quiere el militar?

Esoso— Que me oiga una palabrita...

Opinion— Pretende vd. una cita?
No se la puedo otorgar.

Esoso— Caramba! y que va de priesa
La señora... (Con tono de compadre.)

Opinion— (Este soldado,
Aunque está muy galoneado,
Muestra el pelo de la dehesa.)
Es verdad que estoy de prisa.

Esoso— Y no me presta un momento
De atencion?

Opinion— Mucho lo siento,
Pero....

Esoso— (Irritándose). No le juegue risa,
Señora, que es grave el caso.

Opinion— ¿Y cómo se llama usted?

Esoso— Dentro un rato lo diré.

Opinion— Pues déjeme libre el paso,
Que no le debo escuchar.

Esoso— (Ya la razon se me ofusca.)
Pero si limosna busca,
Tome y abur, militar.

*La Opinion le ofrece una moneda y Minimo la
toma. Entonces aquella sigue su camino, y el mili-
tar, pálido de rabia, vá en su pos).*

Esoso— Señora, Dios es testigo
De que perdono el ultraje.
¡Yo soy todo un personaje!

Opinion— Pues lo tomé por mendigo.

Esoso— Y por cierto que lo soy,
Mas no mendigo dinero.

Opinion— Disculpe usted, caballero, (con ironía)
Y como de prisa voy. . .

Esoso— (Cambia aceleradamente, y Minimo al lado de ella.)
Vuelvo á rogarle, señora,
Que me escuche.

Opinion— Yo no sé
Con quien hablo. Diga usted
Su nombre.

Esoso— No; por ahora
Debo reservar mi nombre,
Pero le diré entretanto....

Opinion— (¡Cuánta repulsion y espanto
Me infandé á la vez el hombre!)
Me infandé á la vez el hombre!

Esoso— Que soy un mozo discreto,
Un discípulo de Marte,
Que de algun tiempo á esta parte

La adora á vd. en secreto.
Y que al presente, señora,
Ya que es la ocasion propicia,
Repite á vd. con delicia,
Y en público, que la adora.

Opinion— Cierré el labio; vd. ofende
Sin miramiento á una dama.

Minimo— Ah! señora, vd. no ama,
Por eso no me comprende.

Opinion— Ya peca vd. por audaz.

Minimo— Por enamorado peco.

Opinion— Siga su marcha, embeleco.

Minimo— Tengamos la fiesta en paz.

Opinion— Me amenaza?

Minimo— La amenaza!

Opinion— ¡Leal caballero es usted!
(Minimo trata de asirla por la cintura. La
Opinion se sorprende y esquivándose exclama.)

Opinion— Qué es eso?

Minimo— (Contoneándose). Señora, es que
Le estoy ofreciendo el brazo.

Opinion— Suelte vd.

Minimo— De ningun modo.

Opinion— Voy á gritar.

Minimo— Es en vano,
Que nadie pasa.

Opinion— (Este hulano
Debe de hallarse beodo.)

Minimo— Oiga usted.

Opinion— (¡ Pobre de mí!
¿ Qué más remedio? Aguantar...)
Ya le escucho, militar.

Minimo— (Veremos si logro el sí.)
(Empieza á requiebrarla con el aire y los modos de
un chulo.)

Meses hace, mi señora,
Que ando en procura de usted,
Porque la quiero.

Opinion— ¿Y por qué
Me quiere?

Minimo— Porque enamora
Su belleza á todo el mundo,
Y áun á mí, tousco soldado,
Le juro que me ha inspirado
Un amor grande y profundo.

Opinion— (Lo dice *La flor de un día*,
Y este sabe la leccion.)

Minimo— Su fama y reputacion
Ademas, señora mia,
Han aumentado el cariño
Que me inspiró su semblante,
Y la amo como un gigante,
Con el corazon de un niño.

Opinion— (La flor de un día!) Y qué, más?
Prosiga (que me divierte)

Minimo— Y he de amarla hasta la muerte.

Opinion—(Qué Tenorio Barrabás!)

Mínimo—(¿Se rendirá la maldita?)
Y ahora recuerdo, madama,
Que no ha mucho, una proclama,
Es decir, una cartita
Le enderezé por la prensa,
En cuya cartita hablaba
De esta pasion que me acaba
Por lo voraz y lo inmensa.

Opinion—Pues no llegó á mi noticia,
Militar.

Mínimo— Fuí tan discreto!

Opinion—Y le guardaba el secreto.

Mínimo—Sepa vd. que en la milicia
Ocupo un alto lugar,
Y que estoy en candelero.

Opinion—¿Y el nombre del caballero?

Mínimo—(Me la voy á conquistar
De seguro). ¿Quiere usted
Saber mi nombre? Allá vá,
Yo soy Mínimo; ya está.

Opinion—¡Jesus, María y José!

(*La Opinion hace un esfuerzo y se arranca de los brazos de Mínimo. Este se queda estupefacto.*)

Mínimo—¡Qué es eso? Por qué se espanta?
Tan gran aversion le inspira
Quien por sus gracias delira?

Opinion—¡Virgen santa! ¡Virgen santa!

(*La Opinion huye persignándose. Mínimo la sigue de cerca.*)

Mínimo—Opinion encantadora,
Déme el sí que tanto anhelo.

Opinion—¡Qué susto! Válgame el cielo!

Mínimo—He aquí mi mano, señora.

(*Esta se detiene un instante, mira á Mínimo con ojos irritados y luego dice.*)

Opinion—Qué pretende el chabacano?

Mínimo—Que me corresponda usted.
Le ofrezco mi mano.

Opinion—(Con repugnancia.) El qué?
Su mano, señor, su mano...
Está muy roja... y atrás!

Mínimo—El sí me dará algun día?
¿Será vd, al cabo, mia?

Opinion—Jamás! Jamás! y Jamás!

(*Mínimo se mesa los cabellos, y la Opinion continúa su camino.*)

COSAS DE NEGRO

Se nos pide la publicacion de las siguientes líneas:

«Señor director y redactor de los *Ecos de Canelones*, don Cornelio Villagran.

«Le prevengo que me afirmo y ratifico en

el contenido de la carta suscrita por mí, y publicó el diario *El Siglo* del 8 del actual que al dirigirle las preguntas que aquella contiene, no obedecí á sugerencias ajenas ca. vd. lo supone, sino á dictados de mi conciencia; pues sin embargo de no poseer su inteligencia, sé tan bien como vd que dos y dos son cuatro.

«Espero rectificará vd. su dicho por el que me supone instrumento. Por lo demás el público sabrá formar un juicio acabado.

De vd.

Nicasio Perez.

Su casa Junio 17 de 1880.

Segun anuncia un periódico, ha sido nombrado ayudante de la escuela de 2.º grado número 14 de la capital, un jóven que se llama don Manuel Cañonazo.

Pues si el jóven don Manuel
No desmiente su apellido,
Ha de hacer buenos estragos
En las filas de los niños.

—He ahí un triunfo para la milicia uruguaya.

—Quita allá.

—No te parece un triunfo el que producen los timoteos?

—¡Qué progreso!

—Claro está que lo es, si se recuerda que hasta ahora no producía más que revolucionarios ó músicos á lo Maza.

—Mirando la cosa así...

—Ya verás como sale un Nicolini el teniente Ferreira.

—Y será positivo que el Gobierno pierda costearle los estudios en Europa?

—Dicen que le hará ingresar en un conservatorio.

—¡Qué lástima que el coronel Santos no tenga vocacion para el arte!

—Por qué te lamentas de ello?

—Por dos razones: primera, porque si tuviera vocacion, podría tambien mandársele á Europa para que estudiase la música, y segunda, porque así nos veríamos libres de él durante muchos años.

Dice *De Monthéolo*, replicando á un artículo que contra los extranjeros publicó *El Ferrocarril* del Miércoles:

«Sería de desear que todos profesaran la constitucion y á las leyes el mismo acatamiento que nosotros, extranjeros, les profesamos; que, como nosotros, no hubiesen empleado jamás otros medios más que inofensivos con

respetuosas peticiones. Al buen enten-

de Monthéolo da en lo vivo á don Cándido
dominante, el célebre ministro del general
Lorenzo y de don Pedro Varela, el que
quiere pasar por santo y predica el res-
to á las leyes y á la constitucion, despues
haberlas ultrajado y escarnecido durante
muchas veces que por desgracia ha desem-
peñado puestos públicos.

Es de extrañar la tirria que el señor Bus-
sante ha tomado á los extranjeros, que tan-
to tan valiosos servicios han prestado en di-
ferentes épocas al gran partido de la libertad,
que es uno de los corifeos el redactor de
Ferro Carril.

Nota—La exacta representacion del gran
partido á que pertenece don Cándido, puede
verse en la estátua que hay en la plaza de
guacha.

—Qué es el general Aparicio?

—Entiendo que es un hombre.

—No le pregunto eso, sino qué color tiene.

—Color? Dienen que es bastante pardo.

—Me refiero á su color político.

—Ah!

—¿Cuál es su color político?

—Por ahí murmuran que el general se llama
blanco.

—Y por qué se llamará blanco?

—Porque así tiene el pelo y la barba.

—Leemos en un diario ministerial, que duran-
te el mes de Abril del año corriente, se han
matado veintidos oficiales del ejército ale-
mán. Y agrega sentenciosamente el organi-
smo del Gobierno, ¡qué epidemia!

—Gracias á Dios que por aquí no la tenemos.

—¿Te que es de sentir, dirá algun enemigo
la brillante oficialidad de las Batuecas.

—En cuanto á nosotros... en boca cerrada no
entra mosea.

—El señor que se firma Francisco de Paula
Perez, muy conocido en su casa probable-
mente, publica un artículo en *El Mundo Ilustrado*
número 44, dónde, hablando de las
cambres de los gauchos, dice entre varias
pícaras las siguientes:

—Lo que más admira en los gauchos es la des-
taca con que manejan el lazo y las bolas. El
lazo y las bolas lo forman unas correas de piel
larga sin curtir, de veinticinco á treinta
pulgadas, que el jinete lleva atadas á un extre-
mo de la silla, terminando en tres cabos sueltos

que tienen bolas de plomo en los extremos:
el lazo tirado á distancia de treinta ó cuarenta
pasos á los cuernos del ganado vacuno, lo su-
jeta completamente, y las bolas dirigidas á las
piernas de los caballos les hace caer. Ambas
cosas las tira el gaucho á carrera tendida
y cuando los animales van escapados: al dejar
caer el lazo ó las bolas el gaucho da vuelta rá-
pida al caballo, para neutralizar el esfuerzo que
hace la víctima al sentirse prendida en la red.

Como se vé, el autor de esas líneas confunde
el lazo con las bolas, y podríamos decirle parodiando sus primeras palabras: —lo que más ad-
mira en algunos escritores europeos, es el des-
parpajo con que manejan la pluma para hablar
de asuntos que no entienden.

Un gaucho hubiese respondido otra cosa al
caballero Flaquer; hubiese respondido, por ejem-
plo: quien escribe eso sobre el lazo y las bolas,
merecia que le acomodaran un lazezo ó un
bolazo.

—*La Nacion*, que encuentra digno de alabanza
todo lo que hacen los presidentes mientras tie-
nen el cucharón por el mango, trata de justifi-
car la compra de las palmeras que se están
poniendo en la plaza, y luego añade en elogio
del vendedor.

—«Debemos decir que don Francisco Perez es
un vecino honrado del departamento de Mal-
donado, hombre recto y que jamás se ha pres-
tado á explotaciones pues vive solo de su tra-
bajo, y al traer las palmas lo ha hecho como
un servicio y no como un negocio».

Pues como ese servicio no lo ha prestado al
país sino al doctor Vidal, que fué el comprador
de las palmas (aunque las pagó, por supuesto,
el tesoro público), y como es sabida la manera
con que el doctor Vidal se digna recompensar
á sus servidores ó sirvientes, proponemos que
se le extiendan despachos de teniente coronel
de línea á don Francisco Perez.

Así no se dirá que solamente el mayordomo
de la estancia de S. E. ha sido el agraciado.
Y es curioso observar que todos los Franciscos
están hoy en auge. ¡Cómo son tocayos del Pre-
sidente! Sin embargo, este es el único que va
de capa caída, y eso que ya no usa capa como
en tiempos mejores.

— Cuenta un diario que en el departamento de
Minas se ha encontrado una momia.

Podemos garantizar que no es la de ningun
representante... ni tampoco la de uno de tan-
tos desaparecidos.

El actor Hernan Cortés ha sentado plaza en un batallón de voluntarios al servicio del gobernador de Buenos Ayres.

De seguro que el Hernan Cortés del siglo diez y nueve, no imitará la conducta de su célebre tocayo del siglo diez y seis.

Como si dijéramos, no quemará sus naves. Lo único que hará, en nuestra humilde opinión, será quemarse la sangre dentro de poco tiempo, y en seguida *apretarse el gorro* para Europa.

¿Quieren nuestros lectores descifrar un enigma? Pues allá vá. Su autor es don José Cándido Bustamante.

«Por eso hemos mirado desde un principio y con dolor, con amarga pena, la *hecatombe* que la América y el mundo consternado *contempla* y se produce allende los Andes, en las costas de un territorio que, como el mar que las baña, puede llamarse por *antonimia* el Pacífico.»

Al que nos mande la solución de ese acertijo, ó nos diga qué tiene que ver una *hecatombe* con lo que pasa en las costas del Perú, sin olvidarse de explicarnos lo que es *antonimia*, le regalaremos un ejemplar de *Un Veterano Oriental* ó de la *Mujer abandonada*.

En uno de los números próximos empezaremos á publicar un drama titulado *Los Misterios de la Lotería*.

Quedan prevenidos los aficionados de los dramas misteriosos.

Dice *La Nación* que le dicen que el jefe político de Tacuarembó ha renunciado, y que el Gobierno le aceptará la renuncia y nombrará jefe político al comandante Casalla.

La renuncia de don Eliseo Chaves se parecerá á las atribuidas á don Vicente Garzon y á don Vicente Maciel?

Bueno es agregar, de paso, que el comandante Casalla es uno de los autores del motin militar del 15 de Enero, y uno de los jefes que recompensó con más munificencia don Pedro el *incoacto*.

—Todavía más palmeras en la plaza?

—Todavía.

—¿Y qué se propondrá el Presidente don Francisco?

—En mi sentir, tomar asiento alguna tarde debajo de uno de esos árboles, símbolos de la gloria, y decir á las personas que le rodeen: hémeme aquí cubierto de *palmas*.

—Seguramente que esas serán las únicas que verá don Pancho.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Sube vd. que en lugar de poner en uno de los cuarteles del escudo, los res del día dibujan un *mancarrón*?

—Y qué otro dibujo han de hacer los tores, si comprenden que los orientales hoy caballos mansos? Lo que me sorprende es que no pinten una oveja en vez del *mancarrón* que tanto le ha chocado.

—Mala tos le siento al gato.

—Cómo?

—Qué mal fin les espera á los porteños.

—Crees tú que serán vencidos?

—Desde luego lo aseguro.

—Y en qué te fundas para preveer su derrota?

—Primero, en que don Bartolo ha sido el primer jefe de la defensa.

—Mal presagio es ese.

—Y segundo, en que ha profetizado el jefe de Buenos Aires.

—Nadie es profeta en su patria.

—Y ménos que nadie don Bartolo, á quien le han salido al revés todas sus profecías.

—¿Is verdad.

—Por otra parte, en qué batalla que ha sufrido no le han derrotado escandalosamente.

—Serán batidos los porteños; ya no me queda duda.

Consigna *La Linterna* refiriéndose al viaje que hizo á la Florida el coronel don Máximo.

«Ignoramos el objeto de esa visita, pero estamos ciertos daré lugar á muchos comentarios, pues en estos tiempos, como ya lo he dicho, cada mosca que vuela nos parece un fantoche y cada pulga un venado».

Como se vé, *La Linterna* compara á don Máximo con una mosca y con una pulga. ¡Buena comparacion! ¿Y si don Máximo se acordara de él que no sufre pulgas de nadie?

—Dice *El Ferro Carril* que el teniente reira canta maravillosamente.

—Aquel que fué vendedor de números de lotería?

—No sé si será el mismo.

—Y quién le ha oido cantar?

—El coronel Santos y los comandantes de la línea, quienes despues de escucharle le aplaudieron por su buena voz.

—De manera que los comandantes y el coronel son peritos en la materia?

—Bueno fuera que no!...

—¿Conqué entienden la música?

—Cómo no han de entenderla si están acostumbrados á los solfeos?